

GILLES LIPOVETSKY, *Metamorfosis de la cultura liberal. Ética, medios de comunicación, empresa*, Barcelona, Anagrama, 2003.

El presente libro surge de una serie de conferencias que Gilles Lipovetsky dictó durante el año 2002 en Canadá. Se trata de una síntesis de conceptos fundamentales que el autor elaborara en publicaciones anteriores: *La era del vacío, ensayo sobre el individualismo contemporáneo*; *El imperio de lo efímero, la moda y su destino en las sociedades modernas*; *El crepúsculo del deber, la ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*; y *La tercera mujer, permanencia y revolución de lo femenino*; (traducciones publicadas en español en Barcelona, Anagrama, 1986, 1990, 1994, y 1999 respectivamente). Al retomar estos temas, Lipovetsky los actualiza ofreciendo nuevos ejemplos característicos de nuestra época. Enfrenta la sociedad panóptica, estudiada por Michel Foucault, con la actual sociedad del hipercontrol; en la que se generan muñecas de carne y hueso, varones metrosexuales, modelos top adolescentes y jóvenes exhaustivamente producidos. Seres que concretan en sí mismos los atributos del narcisismo posmoderno: alta valoración del ego, culto de la belleza corporal, actitudes individualistas y una búsqueda permanente de autocomplacencia.

A los Narciso actuales, su frescura se les antoja eterna. Antes de los veinte años es difícil creer que llegará un día en que uno será tan viejo como esos adultos mayores que la sociedad discrimina. Pero los sujetos del primer narcisismo globalizado, esos que aparecieron durante los años mil novecientos setenta y ochenta, ya comprobaron el engaño. Ningún folleto de estética corporal les advirtió que, aunque la tecnología disimula o maquilla el paso del tiempo, de ninguna manera lo detiene. El Narciso setentista ha envejecido. Continúa no obstante examinando su propio reflejo, aunque ahora no se preocupa por tatuarse, maquillarse, o exhibir su cuerpo otrora sugerente; sino por las arrugas, las canas, el sobrepeso y la muerte. No por ello se libera del hiperindividualismo del que surgió. Consulta obsesivamente las balanzas, consume hormonas, toma viagra, se inyecta botox y se tiñe el pelo. A ello hay que agregar que la sociedad tecnocientífica lo ayuda para que se siga atomizando. El Narciso actual (y la mayoría de cada uno de nosotros, seamos narcisistas o no) morirá alejado de sus afectos, de sus objetos queridos y de los microbios, en una sala de terapia intensiva aséptica e impersonal. También la tecnociencia aporta su cuota de soledad al cada vez más anónimo, masificado y paradójicamente solitario habitante del tercer milenio.

La sociedad disciplinaria moderna conceptualizada por Michel Foucault ha dado paso a la sociedad controladora posmoderna que, al multiplicar sus puntos de referencia, termina por difuminarlos construyendo sujetos replegados sobre sus propios fragmentos, aislados en la multitud, despojados de protección divina y humana. La torre panóptica única ya no alcanza para mantener el orden exigido por los fanáticos de la seguridad. En nuestro tiempo un complejo entramado de supervisiones exteriores e interiores atraviesan una multiplicidad de individualidades monitoreadas por circuitos cerrados de televisión, bancos de datos, medidores de velocidad, tecnología biomédica, análisis de ADN, detectores de metales, luces que se encienden al paso del caminante, perros de aduanas vigilantes y adictos, proliferación de alarmas y de armas. Excesos de una sociedad que el único refugio que encuentra para su seguridad es la mano dura, el control, la sospecha, y la vigilancia, en lugar de promover cierta equidad social.

El hombre moderno sabía que tener bienes hoy, no garantiza tenerlos mañana, por eso ahorra y apostaba al deber. En cambio el posmoderno es inmediateista, pide créditos y reclama derechos. El narcisismo contemporáneo es hijo de una ciencia dilemática, que extiende los ciclos vitales y, como no sabe qué hacer con los viejos, multiplica los geriátricos;

reproduce mujeres que, a fuerza de portar los mismos rasgos quirúrgicos, semejan clones; posibilita un erotismo virtual intenso pero solitario; produce autistas atados a pantallas y también falaces destellos de juventud.

Lipovetsky considera que a partir de mediados del siglo XX, se asiste a una nueva revolución individualista (la primera se había producido en los orígenes de la modernidad), e ilustra esta figura histórico-cultural reciente. Disolución de las costumbres familiares compartidas, desaparición de comidas grupales cotidianas, proliferación de aparatos de televisión y de PC individuales, pérdida de pertenencia a clubes, sindicatos, o parroquias, desinterés por las fiestas escolares. Se abandonó así mismo la asistencia a ceremonias religiosas, el hábito de leer libros y la militancia política o gremial.

Pero el autor no denosta las costumbres de nuestra época, tampoco piensa nostálgicamente que todo tiempo pasado fue mejor. Trata más bien de rescatar lo positivo que pudiera haber en esta nueva forma de ser en el mundo. Analiza las relaciones existenciales actuales y redime a los medios masivos como ampliadores de nuestros horizontes de conocimiento y de sentido. También encuentra beneficioso que las empresas comerciales y financieras se manejen con códigos éticos. Pues aunque no ignora que esa ética está al servicio del márketing, cree que es asimismo provechosa para los usuarios. Festeja los textos y prácticas de autoayuda, así como la solidaridad mediática, no tanto por lo que significan en sí mismos, sino como indicadores de una nueva visión moral globalizada - o “mundializada”, como gustan decir los franceses. No se trataría ya de la ética racional propia de la modernidad, sino de una ética emotiva, característica del devenir actual. Esta moral global (no confundir con “universal”) se expresaría en *discursos* en los que se valoriza la democracia, se condena el abuso a los niños, y se deplora la tortura o los genocidios, entre otras consignas políticamente correctas.

Ahora bien, a esta altura de las declaraciones del autor, estimo que hay que detenerse y preguntarse desde qué lugar habla. Fácil es la respuesta: habla desde el Primer Mundo, pero sin sensibilidad para el resto del planeta, como si todos gozáramos beneficios similares a los suyos; no tiene en cuenta la nefasta intervención del imperio en países marginales pero ricos en reservas que –inevitablemente– irán a parar a manos de los grupos dominantes; no considera las alarmantes cifras de mortandad infantil, o el escandaloso hecho de que más de la mitad de la población mundial esté bajo la línea de pobreza, por citar sólo algunas de las contradicciones posmodernas.

A pesar de esto y de otras objeciones que se podrían hacer a su “optimismo a ultranza”, considero que *Metamorfosis de la cultura liberal* es un texto recomendable para analizar ciertos fenómenos sociales producidos por la tecnociencia y el capitalismo tardío. Pues confrontándola con nuestra realidad carenciada, sus páginas atestiguan el desgarrón existente entre la realidad cotidiana de los desfavorecidos y la reproducción desaforada de ideales narcisistas tan inalcanzables para la mayoría de los sujetos, como rentables para las minorías privilegiadas, tan funcionales a los grandes capitales como nefastos para los grupos desvalidos, tan divertidos para quienes pueden llevar una vida socialmente digna, como dramático para quienes el neoliberalismo, los fundamentalismos y los totalitarismos han arrojado más allá de las fronteras del sistema.